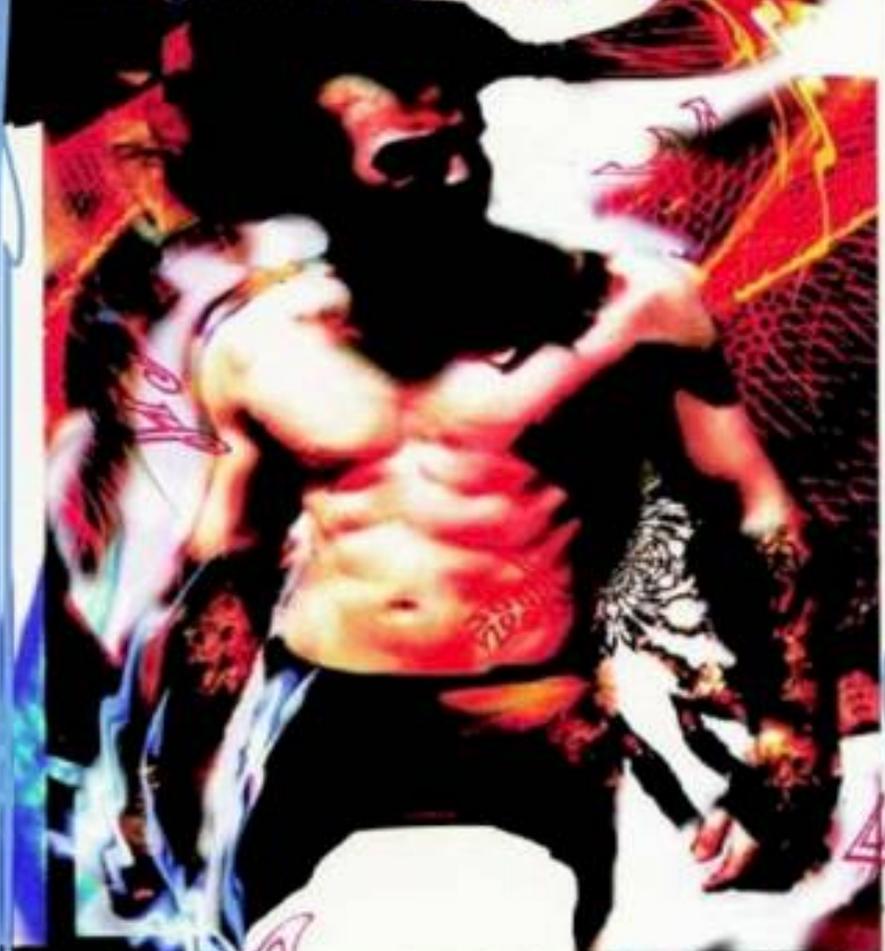


GuErRa en El CIELO

La guerra del Horizonte — Libro 2



Robert Weinberg

MAGO

En GUERRA EN EL CIELO se libra una batalla desesperada en los Reinos del Horizonte, las dimensiones místicas que rodean la Tierra. Tanto los magos de las Nueve Tradiciones como los de la Tecnoocracia sufren el ataque de un misterioso artesano de la voluntad que se hace llamar Heylel Teomim, el Guerrero de la Ascensión. Ya han sucumbido dos Reinos del Horizonte y ahora les toca a otros el turno de verse sitiados. Pero la amenaza más potente de Heylel es una seductora oferta que enciende las llamas de la revolución en los magos más jóvenes. Tan solo una pequeña banda de improbables aliados le planta cara al Guerrero de la Ascensión. Si fracasan, la humanidad estará condenada, pues aunque Teomim prometa un brillante nuevo amanecer, su triunfo no traería más que la noche eterna.

A Staley Krause, Danny Landers y Kim Shropshire,
por demasiadas razones como para enumerarlas.

*«¡Cuán enmarañada la telaraña que hilvanamos,
cuando al engaño por primera vez nos damos!»*

—Sir Walter Scott

NOTA DEL AUTOR

Si bien los escenarios y la historia de este mundo pudieran resultar familiares, no se trata de nuestra realidad. *La Guerra del Horizonte* transcurre en una versión más descarnada y cruel de nuestro universo, en un paraje árido y desolado donde nada es lo que parecen indicar las apariencias. Se trata de un verdadero Mundo de Tinieblas.

Determinados conceptos y personajes se han inspirado en las creaciones de Bill Bridges, Steven C. Brown, Phil Brucato, Elizabeth Fische, Chris Hind, James E. Moore, Micky Rea y Stewart Wieck.

UNO

—¡NO! —gritó Diecisiete, despertando ecos por todo el vertedero de residuos tóxicos con su grito. El mismísimo aire, henchido de fetidez y vapores ácidos, se estremeció con la honda emoción de su voz—. ¡No dejaré que muera! No me pueden arrebatarse a mi amada, ¡otra vez no!

Diecisiete, una mole de músculos de acero y rostro barbilampiño que parecía esculpido en granito, cayó de rodillas en el extremo más alejado del claro que se abría en medio del vertedero de residuos tóxicos del lago Ontario. Tenía la ropa y las manos cubiertas de sangre. La sangre de otros. Hacía escasos instantes que Diecisiete, armado con una enorme guadaña, se había transformado en un ángel de la muerte para segar las vidas de la horda de maníacos y caníbales enviados a aquel lugar para destruirlo, a él y a sus compañeros. Habían caído a docenas, reducidos a trizas por la cantarina hoja de acero. Ahora que los atacantes habían desaparecido, muerto o huido, Diecisiete no pensaba en la muerte, sino en la vida.

El hombretón sostenía en sus brazos el cuerpo inerte de la hermosa guerrera, Sombra del Amanecer. Sombra, una poderosa artesana de la voluntad, miembro de la Hermandad Akáshica, era también la amante de Diecisiete. Su tersa piel de azafrán aparecía matizada de gris, y la agonía mantenía cerrados sus ojos negros. Se estremecía presa de un dolor terrible con cada aliento. Los tres arañazos sanguinolentos que le surcaban una mejilla delataban lo ocurrido. La

guerrera Garra de Dragón, imbatible por la fuerza, yacía moribunda, envenenada por el último de sus adversarios. La habían infectado con un veneno tan antiguo como letal llamado licosa. Ninguno de sus aliados conocía remedio alguno que pudiera salvarla.

El escenario que los rodeaba se asemejaba a una postal del infierno. Ardían inmensas hogueras por doquier. El suelo burbujeaba como el interior de un caldero enloquecido. El inmenso vertedero de residuos tóxicos se extendía por un área que ocupaba más de un kilómetro cuadrado. Una verja de alambre de espino lo rodeaba por tres de sus vertientes, mientras que la cuarta limitaba con las fétidas aguas del lago Ontario. Aquel era el basurero elegido por las principales industrias y las agencias gubernamentales de todo el estado de Nueva York. El escenario, el foco de contaminación más infame de toda la costa este, era la encarnación de las peores pesadillas de corrupción urbana.

Las colosales montañas de excrecencias y basura ardían con una llama verde azulada noche y día, durante todo el año. Se alzaban hacia el cielo nubes de hollín que velaban la luna y las estrellas por la noche y al sol durante el día. Los sempiternos fuegos químicos de color rojo, alimentados por fosos de residuos industriales, salpicaban el escenario como cráteres volcánicos, crepitando y escupiendo volutas de gas venenoso que quedaban suspendidas sobre las aguas del lago.

Los contenedores de acero, llenos a rebosar de venenos letales, se alineaban en ordenadas hileras para componer un laberinto de pasillos metálicos que cubría gran parte de la superficie del vertedero. Las inmensas pilas de paneles de asbestos podrido se erguían decenas de metros en el aire, como blanquecinos altares consagrados a algún dios ciego e idiota de la contaminación y la codicia.

El suelo sobre el que hincaba la rodilla Diecisiete era árido y desolado como el de un desierto, desprovisto de cualquier tipo de vida. Las pútridas colinas quedaban comuni-

cadadas por aserradas grietas que hendían la tierra. Ésta parecía que se hubiese convertido en cristal antes de que alguien hubiese descargado sobre ella el martillo de un gigante. El aire se viciaba con nubes de gases enfermizos filtrados al exterior desde las entrañas de la tierra.

Alrededor de Diecisiete y Sombra se arracimaban sus compañeros de aventuras. Sam Haine, el Hombre Cambiante, era el más próximo a la pareja. Se trataba de un ingenioso anciano de abundante cabellera cana y semblante apergaminado, dotado de una asombrosa habilidad para asumir otras formas y duplicar el aspecto de cualquier persona con la que hubiese entrado en contacto en alguna ocasión.

Junto a Sam se erguía Albert, su mejor amigo y compañero de incontables vivencias. Sus casi dos metros diez y lo magro de sus carnes lo convertían en un palillo ambulante, dotado de los dones curativos de un chamán africano. Las lágrimas empañaban sus ojos plañideros. Pese a esgrimir extraordinarios poderes, Albert sabía que sus talentos resultarían inútiles contra el veneno que inundaba las venas de Sombra.

Junto a Albert descansaba una extenuada artesana de la voluntad Verbena, Claudia Johnson. En circunstancias normales, ejercía el liderazgo compartido de la Cábala de Casey, la fortaleza mística sita a una hora de viaje hacia el sudeste desde aquel muladar. Claudia, acompañada de otros tres magos de la cábala, había acudido al vertedero para salvar a Sam Haine de una trampa. De los cuatro, sólo ella había logrado sobrevivir a la locura y la muerte que se habían encontrado.

La siguiente de aquel círculo era una joven de rubia melena vestida con mallas cortas de ciclista de color blanco y un top negro. Una cicatriz en forma de equis adornaba el hueco inmediato bajo su busto. La anónima mujer había aparecido al final de la batalla y a punto había estado de rescatar a Sombra de los asesinos que la habían derribado.

Diecisiete no la conocía, pero su expresión afligida evidenciaba que no suponía peligro alguno para ellos.

El último miembro de su pequeño grupo era también el más misterioso y el más siniestro.

Cimbreña, de mediana estatura, melena negra como ala de cuervo, brillantes labios carmesíes y piel blanca como la tiza. Joven, vestida con un sencillo vestido negro hasta las rodillas, medias del mismo color y zapatos de tacón bajo. Adornaba su cuello una gargantilla de plata decorada con una elaborada «G». Pese a los muchos asesinos que habían perecido a sus centelleantes manos, no parecía molesta por la sangre que le empapaba el vestido. Se llamaba Madeleine Giovanni y pertenecía a la Estirpe. Era una de los Condenados, un vampiro.

—He oído hablar de esta poción, la licosa —dijo Madeleine. Hablaba sin acento, aunque con frases breves y concisas, omitiendo expresiones coloquiales o de argot. El inglés no era su idioma natal—. No se conoce ninguna cura. Su sangre está envenenada. Mi Abrazo no la salvaría, y su vitae me destruiría.

—Tampoco me imagino que a Sombra le hiciese ninguna gracia convertirse en un vampiro —respondió Sam Haine—. Cree en la reencarnación. El convertirse en uno de los no muertos interrumpiría el ciclo. No creo que le hiciera gracia ese tipo de rescate.

—*No pienso dejar que muera* —sentenció Diecisiete, abrazado a Sombra, con una expresión salvaje y extraña en la mirada. La ira que crecía en su interior rivalizaba en intensidad con los fuegos químicos. Miró al Hombre Cambiante, a aquel que en el transcurso de las últimas semanas se había convertido al mismo tiempo en su mentor y en su mejor amigo—. Su destino dicta que habrá de estar junto a Kallikos cuando éste se enfrente al clon base por última vez. Eso es lo que ella me dijo. El Maestro del Tiempo lo vio así hace siglos. Sombra no puede morir esta noche, *no pienso*

permitirlo. Sin su ayuda, Kallikos no tiene posibilidad alguna de derrotar al Guerrero de la Ascensión.

—Predecir el futuro no es ninguna ciencia exacta, hijo —repuso Sam Haine. En un gesto cargado de afecto, apoyó una mano en el hombro de Diecisiete—. Eso ya lo sabes, se lo has oído decir al propio Kallikos. Lo que él ve son posibilidades, no certezas. En este mundo, Sombra no estará junto al Maestro del Tiempo. Tendrá que librar su batalla lo mejor que pueda... solo.

—Sus venas son puro fuego —informó Albert, con las mejillas surcadas de lágrimas—. Siento su angustia, el terrible dolor que padece. No puedo hacer nada para detener la propagación del veneno, su sangre está hirviendo.

Sangre. La palabra atravesó la cabeza de Diecisiete como un relámpago. Se estremeció y cerró los ojos con fuerza mientras intentaba asirse a un pensamiento fugaz. Sombra del Amanecer se moría, le quedaban minutos, quizá segundos de vida. De algún modo, sabía que podía salvarla. Había una forma de contrarrestar el veneno, sólo tenía que dilucidarla cuanto antes.

Había hablado antes de sangre, se acordaba de la conversación, de las palabras referentes al poder de su sangre.

El recuerdo regresó igual que la explosión de una estrella. Los crípticos comentarios que le dirigiera Jenni Smith, la sirvienta del clon base, el ser que se hacía llamar Heylel Teomim. «*Tu sangre y la suya son iguales*», le había dicho mientras le explicaba por qué su señor quería que Diecisiete se uniera a su cruzada. Entonces no había entendido el significado de aquellas declaraciones. Ahora, inmerso en una epifanía vertiginosa, supo lo que había querido decir Jenni, la respuesta a sus preguntas. Diecisiete asimiló la verdad sobre sí mismo y aquello en lo que se había convertido. Supo sin lugar a dudas lo que planeaba el clon base.

—Albert —musitó. Su voz, apenas un susurro, se dejó oír por todo el vertedero—. Con todos los rituales que conoces, entre todos tus hechizos, ¿no hay ningún método

para transferir la sangre de un individuo a otro? Una técnica de acción inmediata, sin necesidad de agujas ni equipo médico.

El gigante asintió con la cabeza.

—Claro que sí. Lo he hecho muchas veces en diversos lugares. Muchos brujos creen que la auténtica hermandad sólo se consigue por medio de tales vínculos. Dos se convierten en uno al compartir la esencia de la vida, se trata de un ritual tan antiguo como la propia magia. Podría efectuar la ceremonia con un trozo de tela y un cuchillo.

—Entonces, únenos a Sombra y a mí por medio de ese rito —pidió Diecisiete, al tiempo que apoyaba la espalda de Sombra del Amanecer sobre el yermo terreno. Una palidez mortecina se había apoderado de la tez de la guerrera y su pecho apenas se movía. Diecisiete se estiró junto a ella y clavó los ojos en el chamán, intentando conservar la calma—. Hazlo, ya.

—Pero, pero... ¿y el veneno? Te infectarás. Si mezcláis vuestra sangre, la licosa os matará tanto a Sombra como a ti.

—Nada de peros —espetó Diecisiete, con voz gélida—. Me niego a verla morir y este ritual es la única oportunidad que tenemos de salvarla. Estoy dispuesto a arriesgar mi vida por ella, pero tú eres el único capaz de llevar a cabo la ceremonia.

—Haz lo que dice, Albert —terció Sam Haine. Sostenía en una mano el cuchillo de caza que había utilizado durante la batalla. Salpicado de sangre instantes atrás, la hoja refulgía ahora como recién forjada. Sam no se quedaba corto a la hora de utilizar la magia con fines prácticos—. Diecisiete sabe lo que se hace. O, por lo menos, a mí me da que así es. Dime dónde practicar esos tajos.

Albert dibujó un patrón místico con los dedos y extrajo un paño blanco de la nada.

—Ahí —señaló una vena de buen tamaño en el brazo de Sombra—, y ahí —el mismo punto en la articulación de

Diecisiete.

—Corta con ganas —dijo Diecisiete, con los ojos fijos en los de Sam Haine. La rabia había cedido el paso a la serenidad que le proporcionaba el saber que hacía lo correcto—. Nada de medias tintas. Si no, mi cuerpo mejorado sanará antes de que podamos realizar la transfusión.

—Entendido. Ahora lo pillo, hijo. ¿Listo, Albert? A esta señorita se le acaba el tiempo.

—Hazlo. —El gigante se había arrodillado junto a Sombra con los inmensos brazos estirados, dispuesto a unirlos en cuanto se hubiesen practicado las incisiones.

Con un giro de muñeca, Sam Haine sajó la carne de Sombra del Amanecer. Manó sangre de la incisión practicada, de unos doce centímetros de largo, una sangre negruzca y espesa. Sangre envenenada.

Tras coger aire, el Hombre Cambiante hundió la hoja en el brazo de Diecisiete. El cuchillo de caza, afilado como una hoja de afeitar, practicó un corte profundo en la carne del coloso. Con un bufido furioso, Sam deslizó el acero templado por la articulación.

Unas gotas de sangre cayeron al suelo. Sangre nanobit, el mismo elixir que fluía por las venas del clon base.

—Su sangre arde —musitó Madeleine Giovanni, con los ojos desorbitados a causa del asombro. La sangre de Diecisiete, allí donde había tocado el profanado terreno, *siseaba*, dejando profundas marcas como si de ácido se tratase.

—Sangre a la sangre, vida a la vida —entonó Albert, ajeno a todo lo que no fuese el ritual que estaba practicando. Unió ambas heridas, anudó el paño blanco alrededor de los dos brazos y dejó que la sangre entrase en contacto con la sangre. Una vez completada aquella parte, elevó las manos para trazar extraños sellos que parecieron arder en el amarillento aire tóxico—. Corazón al corazón. Alma al alma. Júntalas, únelas, bendícelas, santifícalas por medio de sus heridas. Une a estos dos para que se conviertan en uno.

—Dio un palmetazo que restalló igual que un disparo—. Que así sea.

—Siento cómo se cierra la herida del brazo —dijo Diecisiete, levantando la cabeza del suelo—. ¿Ha terminado la ceremonia? ¿Conseguiste efectuar la transfusión? ¿Hay algo de mi sangre en sus venas?

—Sí —respondió Albert, con un zangoloteo de cabeza—. El ritual se ha completado. He hecho lo que me pedías, he mezclado tu sangre con la de Sombra. No mucha, pero bastante. Así y todo, admito que sigo sin estar convencido de que suponga diferencia alguna. Está condenada y, ahora, tú también.

—Lo dudo mucho. —La confianza de Diecisiete crecía a cada instante. Deshizo el nudo del paño que le envolvía el brazo y se rió, pese a sus esfuerzos por conservar la calma—. Te olvidas de quién soy, Albert. Lo que es más importante, te olvidas de lo que soy.

Se sentó y estiró el brazo. La articulación se veía impoluta. De no ser por una fina línea oscura, no se percibiría rastro alguno de la profunda herida practicada hacía menos de un minuto. Cuando Diecisiete flexionó los dedos para asegurarse de que retenía el pleno control de todos los dedos, la línea oscura se desvaneció. La herida había sanado por completo.

—Soy un prodigio de biotecnología Tecnomante —declaró sin dirigirse a nadie en particular, con un deje de amargura en la voz—. Tengo los huesos reforzados con primum, lo que los vuelve irrompibles. Mis nervios y mis músculos han sido mejorados por medio de microchips. Me han modificado el cerebro para que posea un control absoluto sobre todo mi cuerpo. Mi sangre es artificial en su mayor parte, producto de *drivers* nanobit que operan a nivel submolecular. Cualquier daño que sufra se recupera en cuestión de segundos. Soy casi imposible de matar y, por definición, inmortal.

—Tu sangre es veneno para mi especie —dijo Madeleine Giovanni. Asintió con la cabeza, como si respondiese a una pregunta no formulada—. Ni siquiera el vampiro más poderoso podría abrazar a un mortal por cuyas venas corriera sangre nanobit.

—Me parece que has ganado la apuesta, hijo —intervino Sam Haine—. Nuestra espadachina tiene mucho mejor aspecto.

Diecisiete se volvió hacia Sombra del Amanecer. La transformación se producía con paso lento pero seguro. El color regresaba a sus mejillas, su respiración se fortalecía a cada minuto, la expresión de dolor se desvanecía de su semblante. Con una carcajada triunfal, Diecisiete levantó el brazo de la guerrera y señaló al lugar donde había recibido el corte. La herida ya se había cerrado y la piel comenzaba a recomponerse.

—Mi sangre nanobit está programada para eliminar cualquier debilidad de mi cuerpo. Funciona de modo automático, destruyendo virus y toxinas, y renovándose por sí sola cuando es necesario. Cuando transferimos esa sangre a Sombra del Amanecer, el fluido continuó con la labor para el que lo habían programado. Eliminó todas las impurezas de sus venas, incluida la licosa. No se ha inventado el veneno capaz de resistirse a una invasión nanobit.

—¿Así que ahora Sombra del Amanecer posee sangre nanobit? —quiso saber Claudia Johnson—. ¿Casi igual que la tuya?

—*Idéntica a la mía*. Idéntica en todos los aspectos. En caso contrario sería imperfecta, algo que los *drivers* nanobit no permitirían. Aunque carezca de mi cuerpo mejorado o de mis sentidos, compartimos la misma sangre y todos los beneficios derivados de ella.

Se puso en pie sin dificultad, para luego agacharse e izar a la joven japonesa en sus brazos. Ésta se agitó, como en sueños. Sus párpados aletearon antes de abrirse por

completo. Sombra esbozó una sonrisa al ver el rostro de Diecisiete.

—Sentí un dolor inmenso. La muerte me miró a la cara. Luego, de improvisto, se retiró.

—En ocasiones, incluso la ciencia de la Tecnocracia puede servir para algo —dijo Diecisiete, correspondiendo a la sonrisa—. ¿Te sientes con fuerzas para incorporarte?

Sombra cayó en la cuenta de que Diecisiete la tenía sujeta entre sus brazos.

—Bájame —ordenó, azorada—. Nos están mirando. Qué dirán al ver cómo me abrazas.

Sam Haine soltó una risita.

—Ya es tarde para preocuparse por los escándalos, señorita. Diecisiete ha dejado bien claro que sois algo más que amigos.

El anciano artesano de la voluntad estiró un brazo y sujetó una de las manos de Sombra entre las suyas. Al cabo de unos instantes, exhaló un suspiro.

—Este puñetero mundo gira demasiado rápido para este viejo. Se encuentra bien, sana como una manzana. Ni rastro de veneno en su organismo.

—¿Veneno? —repitió Sombra del Amanecer, al tiempo que se escurría entre los brazos de Diecisiete para echar pie a tierra. De inmediato, sus manos saltaron a las empuñaduras de sus dos espadas, como si las hojas gemelas la ayudaran a recuperar la confianza—. ¿Qué veneno?

—Ya hablaremos de eso más tarde. —Diecisiete se sentía muy cansado de repente, apático—. Es hora de que nos pongamos en marcha. A todos nos hace falta descansar. Luego podremos debatir sobre lo aquí acontecido.

—Me parece bien —accedió Sam Haine—. No me vendría nada mal un buen baño caliente. Vaya, parece que nuestra rubia pistolera ha cogido las de Villadiego.

La enigmática joven había desaparecido.

—La hermana Susie —aclaró Madeleine Giovanni, dándole por fin nombre a la aparecida—. Recorre su propio ca-